

# CÓRDOBA

## SEMANA SANTA 2014



PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA DE CÓRDOBA 2014

Fotografias: Valentin Moyano

**PREGÓN**  
**DE LA SEMANA SANTA**  
**DE CÓRDOBA 2014**



Excelentísimas autoridades, queridos amigos, buenas noches. Muchas gracias querido José Antonio Luque, compañero de Canal Sur, y maestro. Tus cariñosas palabras de presentación me llegan al corazón, ya sabes el afecto que te tengo, y más ahora en estos días tan difíciles por la gran ausencia que ha dejado en ti la pérdida de tu querido padre al que estoy seguro le hubiera hecho muy feliz el merecido premio que te han otorgado por este pasado 28 de febrero. Gracias, por esta presentación que ha servido también para ubicarme en el mundo de la Semana Santa cordobesa que evoca tantas cosas ahora en mi mente.

Es cierto, la cadena en la que trabajamos cumple 25 años y hace 25 años echamos a caminar juntos un programa cuyo nombre me precio de haber ideado: "Paso a Paso". Poco a poco, así, como sugiere el título de ese programa que ahora mismo emitimos en forma de pregón, hemos ido creciendo.

Debo decir esta noche, aunque ya lo he contado antes, que tú eres en buena parte responsable de mi amor a la radio porque cuando escuchaba tus programas en los días de Radio Cadena Española, en aquella Voz de Andalucía que emitía desde Buen Pastor 4, yo quería ser como tú. Oyéndote me fui a Madrid con 18 años a estudiar la carrera de Periodismo y nunca he olvidado que has sido uno de mis referentes. Después, la vida nos juntó en aquella recién inaugurada Canal Sur Radio en Córdoba y nos permitió contar la Semana Santa cordobesa como nunca se había hecho, gracias a la gran idea de nuestro recordado Luis Baquero; y así, paso a paso, invitábamos a quienes no podían salir a la calle a verla y sentirla, a llenarse de olores, de sonidos, de sensaciones, de fe incluso. Y hoy, de nuevo, el destino nos reúne, pregonero, compañero... amigo.

Gracias.

No se puede estar aquí como yo estoy esta noche, sin recuerdos. Recuerdo aquel día que entré de la mano de mi madre una mañana en la Plaza de Capuchinos, “rectángulo de cal y de cielo” como dijo el poeta Ricardo Molina. Recuerdo vagamente de entonces, el asombro que me produjo ver por primera vez la figura extraordinaria del Cristo de los Faroles, retorcidos en permanente duelo cuaresmal. Era Viernes de Dolores, yo tendría cinco años recién cumplidos. Mi madre iba muy elegante -es como si la estuviera viendo ahora, que la veo,

pero como entonces- acababa de nacer mi hermano y desde primera hora de la mañana me estaba hablando de la visita a la Señora. Sería cerca de la una ya y mi padre, que en paz descansa, estaría a punto de salir del trabajo, pero ese día era diferente, de celebración: íbamos a ver a la Virgen, luego comeríamos algo juntos en la calle los cuatro y después volveríamos a casa.

Esa mañana mi madre compró flores blancas y me echó colonia fresca. Olía demasiado para mi gusto pero al entrar a la plaza, ese fragancia que traía de casa se disipó frente a los perfumes que desprendía aquel lugar. Incienso, flores, azahar... que arrastraba en un puñado robado a un naranjo de la Calle Torres Cabrera... Las familias entraban en la Iglesia con claveles blancos y salían con una sonrisa en los labios. Comentando, conversando, en un ordenado pero constante bullicio. A punto de entrar, alguien nos dio un programa de mano. La imagen de una dolorosa llenaba la portada. Abrí la página del programa y recuerdo que ponía: Farmacia Padilla. Estaba en la calle Goya, lo sabía porque mis abuelos vivían en la Huerta de la Reina... Luego entramos... y allí estaba... radiante, impresionante, corazón luminoso y herido... coronada sólo cuatro años antes. Era Ella sin yo saberlo aún. Era la...

“Reina enlutada de los servitas.

Reina descalza de las calladas penitencias.

Reina del duelo en el Viernes de la Tristeza.”



Esta es una de mis primeras imágenes de la Semana Santa. Atesoro muchas en mi memoria, aunque tal vez debería decir... en mi corazón.

En realidad todos estos recuerdos se me vienen agolpando a tropel desde hace unos días, desde la llamada del presidente de la

Agrupación de Hermandades y Cofradías, Francisco Gómez Sanmiguel para proponerme el inmenso honor de pregonar aquí esta noche ante vosotros la Semana Santa de Córdoba. Quiero por ello también, dar las gracias a la Agrupación en pleno que tuvo a bien hacer pregonero a mi humilde persona.

Cada vez que me subo a este escenario me late el corazón aceleradamente. No es la primera, pero como ésta, creo que ninguna. Trataré de hacer lo que se espera de mí del modo más ameno posible, y que logremos hacer una misma cosa de mis sentimientos y los vuestros.

Para empezar, un pregón es una llamada a lo que ha de venir, un asalto a los corazones de los oyentes, un sobresalto

tal vez, de las emociones, o como dice D. Pablo García Baena, nuestro poeta y pregonero también de esta Semana Santa al que citaré algunas veces esta noche, "un pregón es una especie de raptó, de frenesí en loor de la Semana Santa".



Cierto es -y lo diré al principio honestamente- que no pertenezco a ninguna hermandad cordobesa. Ni cordobesa ni de Sevilla, ciudad en la que vivo. Sin embargo, cierto es también que crecí en una añorada Semana Santa de recogimiento y rezo, alejada del bullicio y el poco sentido religioso.

Y eso ha marcado mi manera de sentirla aunque aprecio con eclecticismo, todo lo bueno de otras partes de mi Andalucía, no quiero ocultar que vivo a escasos metros de la Esperanza de Triana. Tampoco soy poeta, por lo que mi pregón no intentará encandilaros con alardes literarios; ni historiador, por lo que no trataré de persuadiros con datos y fechas; ni cura o religioso, que diera esa pátina mística a mis palabras. Soy periodista y comunicador. Un espectador de la vida y de la

gente, un observador impenitente y también un amante de mi ciudad, enamorado inagotable de Córdoba y su manera de ver y sentir las cosas. Por tanto aviso que éste será el pregón de un curioso oyente y mirón, de un preguntador y de un contador de historias, que es lo que soy, que tratará con toda humildad de ser fiel a lo que se pretende: una llamada a la atención hacia nuestra Semana Santa. Me valdré para ello de palabras y efectos que espero sean del agrado de todos y simplemente salgamos de aquí con más ganas aún de Semana Santa. Ojalá lo consiga.

### *ENTRA SINTONÍA de Paso a Paso*

Mi pregón empieza como en una irrealidad, en una ensoñación mezcla de recuerdos y deseos. Dice Eduardo Punset que la felicidad se encuentra en la sala de espera de la felicidad. ¿Sabéis a lo que me refiero, verdad?, a esa sublimación de lo que esperamos sentir, a esas ganas de salir a la calle, de impregnarnos de sensaciones y emociones que nos evocan nuestras propias vivencias mezcladas con la pasión y el anhelo de vivir un año más aquello que ya hemos experimentado otras veces con sumo deleite.

De esta forma pienso, imagino, estoy viendo ya el DOMINGO DE RAMOS con su hermandad de La Borriquita en ese bello pórtico de la parroquia de San Lorenzo, que se convierte en el pórtico de nuestra Semana Santa...



Y la hermandad de Las Penas, en su bellissimo calvario de iris plagado de color para el antiquísimo Cristo de las Penas, al que luego el barrio de Santiago esperará y su Madre Concepción con camelias blancas acompañará en el camino de la amargura...

Y a La Esperanza, quien mejor entiende y compagina el revuelo y la luz de la cofradía con la seriedad y compromiso de la hermandad. Donde bulle la bulla en el Bailío del Domingo de Ramos cordobés.

Y al Huerto que obra el milagro de convertir la calle de la Feria en un auténtico y majestuoso Jardín de Oración.

O al Amor, el Amor y la Fe de un barrio, El Cerro, que cada año muestra ese Amor a Córdoba en extraordinaria e inagotable estación de penitencia. El primer paso de Palio que

llevó hermanas costaleras en toda Andalucía.

Y al Rescatado: El Señor de Córdoba, que llevará ríos de devoción tras Él en su recorrido por las calles de la ciudad. Al que miles de penitentes acompañarán para que rescate uno por uno sus corazones.

Y llegará el LUNES SANTO

Y estaremos con La Merced para vivir su impresionante Estación de Penitencia de noche en el convento del Colodro.

Y con La Estrella, símbolo de Devoción y sentimiento popular. Motor de la vida de la Huerta de la Reina, con esa juventud que va haciéndose un hueco en la historia cofrade de nuestra ciudad.

Con La Vera Cruz, verdadera imagen que ayuda a soportar la cruz de cada día y a pasar por el río de la vida hasta la Catedral del Cielo.

Y con La Sentencia, esta hermandad clásica con su estética bien definida, joven y en continuo crecimiento.

Con El Vía Crucis: con su lenguaje propio, de silencio, austeridad y oración, que trata, a lo largo de todo el año y en

cada estación de penitencia, de romper nuestro inmovilismo.

Con Las Ánimas: “Oficio de tiniebla por las calles de Córdoba. Oración silencio y tradición. Donde la muerte vence a la muerte en San Lorenzo”.

Y al día siguiente, el MARTES SANTO, saldremos a ver con mucha inquietud y ganas a La Universitaria: Hermandad de luto y rigurosa, que posee entre sus titulares al Cristo de la Universidad, obra maestra del arte sindónico que por fin este año se incorpora a la Carrera Oficial en Semana Santa.



Y al Buen Suceso, hermandad que recorre nuestras calles asombrando a los cordobeses por la belleza y dulzura del rostro de su titular Mariana, María Santísima de la Caridad.

Y a La Agonía, que en el barrio Naranjo se hace Córdoba y no hay distancias para que enseñe su Cristo a la

ciudad. Un barrio en estado puro que estallará de júbilo cuando ya en la madrugada regrese a la cofradía.

Y a La Sangre, la elegancia escenificada cuando el misterio se acerca al convento del Cister que la vio nacer, mientras, la Reina de los Ángeles se enmarca en la buganvilla que rodea al retablo cerámico de la Virgen de los Dolores.

Y a La Santa Faz: Una de las cofradías más jóvenes que tanto colabora con su parroquia y que este año celebra el 25 aniversario de su titular Nuestra Madre y Señora Reina de la Trinidad.

Y al Prendimiento, una explosión de juventud salesiana que brota en María Auxiliadora, savia nueva que hace latente el mensaje de San Juan Bosco: Fe al Santísimo y devoción a la Virgen María.

Cuando lleguemos al MIÉRCOLES SANTO saldremos a ver La Piedad y pensaremos a su paso en la impresionante labor social que lleva a cabo en la barriada de las Palmeras o cómo hace posible la presencia del mensaje cristiano entre los más desfavorecidos.

Y veremos a La Pasión: Orgullo del Alcázar Viejo que se ofrece a Córdoba al cruzar imponente el Arco de Caballerizas,

con ese sabor a cuadrilla vieja y casi con un punto flamenco en el paso del Señor. Y esperaremos como cada año la lluvia de pétalos y saetas en la Judería.

Y nos encontraremos con El Perdón, esa hermandad joven y comprometida y que procesiona a su Jesús del Perdón y a María Santísima del Rocío y Lágrimas.

Y con El Calvario, donde nos abrumará El Señor de la dulce mirada y su secular Vía Sacra desde San Lorenzo.

Y con La Paz: esa otra dulce mirada blanca de Capuchinos. El alegre resplandor blanco del Miércoles Santo que se convierte en bulla en los jardines de Colón.

Y La Misericordia, que pasa llena de Luz por la Corredera... Alma de San Pedro... blanco de vida. Silencio Blanco.

Y al llegar el JUEVES SANTO saldremos en busca del Nazareno, cofradía recia, austera y señorial, expectante siempre para que los hombres conozcan al “Señor de Señores” camino del Gólgota.

Y a La Sagrada Cena que nos mostrará la vitalidad de la juventud para llevar a Jesús Sacramentado al corazón de la

Córdoba universal. El sueño cofrade de mi Ciudad Jardín, por fin, hecho realidad.

Y al Caído: hermandad que, fiel a sí misma, sigue inmutable en el tiempo y en el peso de su leyenda como hermandad de los cordobeses.

Y a La Caridad que cada Jueves Santo se encuentra con su historia en la plaza del Potro al pasar por la puerta del antiguo Hospital de la Caridad. Historia, Caridad y Tradición.

O a La Gracia: que todos los años te dice: “He sido enviado para dar la buena noticia a los pobres, anunciar la libertad a los cautivos y anunciar el año de Gracia del Señor”. Quiero verla en mi ensoñación, de regreso en el jardín del Alpargate que se llenará de saetas para recibirlo.

Y a Las Angustias, que cumple este año por fin el sueño de sus cofrades: regresar a San Agustín tras décadas en San Pablo, desde el año 1961, para hacer desde allí su estación de penitencia, por primera vez.

Y ya, queridos amigos, llegará la MADRUGADA. Con las fuerzas que nos da vivir algo así una vez al año nos encontraremos con La Buena Muerte, con el negro profundo y el silencio que nos invitan al recogimiento y la reflexión.

Y pasarán las horas hasta el VIERNES SANTO donde buscaremos el encuentro con la seriedad y austeridad franciscana de La Soledad en la que, como dijo Antonio Gala, su Virgen lleva a Córdoba en la cara.

Y estará también en las calles de Córdoba La Expiración: desde luego, verla pasar es asomarse al pasado de la Semana Santa asombrada por la dulzura de la Virgen del Rosario, obra de mi querido amigo Luis Álvarez Duarte, la primera que hizo para Córdoba.

Y El Descendimiento, esa Hermandad popular, con sabor a barrio que cruza el Puente Romano para llevar a sus titulares a la ciudad y al traerla de vuelta, encontrarse con la Verdad esperando.

Y por supuesto, Los Dolores: La Señora de Córdoba, la devoción mariana más identificada con la ciudad. La que nos permite llorar en su corazón en el que cabe un universo. La que a nadie deja indiferente.

Y veremos El Sepulcro, defendiendo la fe a través de la luz distinta del rito y la regla. La que abrió el camino de la estación de penitencia en el interior de la Catedral a las demás.

Y finalmente llegará el día que dará sentido y

explicación a todo, aquello por lo cual, misterio de la fe, sucedió todo lo anterior : el DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Saldremos ilusionados a ver al Resucitado, y cuando las puertas de Santa Marina se cierren esa tarde, iniciaremos la cuenta atrás para la próxima Semana Santa.

### *ACABA SINTONÍA. PAUSA.*



La Semana Santa cordobesa, uno de nuestros mayores tesoros. Aún llegan hasta hoy los ecos del histórico y excepcional Vía Crucis Magno que llenó la ciudad de miles de personas hasta el amanecer, el pasado mes de septiembre. Está más viva que nunca y siendo como es única y colectiva, es sin embargo en su sentido íntimo y

espiritual, diferente para cada uno de nosotros. Somos partícipes y espectadores, estamos en primera línea o atrás interviniendo

en silencio...pero aquí estamos. Incluso conozco personas, que han venido esta noche y que serían capaces de decir que le han dedicado más tiempo a su Cofradía, que a su propia familia. En ocasiones al ejercer un cargo de responsabilidad, hay quien no ha tenido tiempo de criar a sus hijos porque ha pasado más horas pendientes de la cofradía que de ellos, por muy sorprendente que os parezca; y que han antepuesto muchas veces la cofradía a la familia. Pero es que, simultáneamente, también la Semana Santa es capaz de unir a las familias como pocas cosas. Más de un cofrade guarda en su memoria emocional la imagen de toda su familia, tres generaciones: abuelos hijos y nietos, vestidos de nazarenos en la misma hermandad. Qué emoción la de preparar las túnicas semanas antes y la noche anterior a la procesión, tenerlas dispuestas, impecables, una al lado de la otra, con sus distintas medidas. Esa noche te paras un momento en silencio, las miras, y sientes que aquello es algo más que una tradición, es algo que une, identifica, y enlaza a los miembros de esa familia de tal modo que ya nunca se romperá. La niña pequeña, el bebé en los brazos, cogidos de la mano los hermanos, los padres y los abuelos... Momentos impagables de nerviosismo y de ilusión por salir... Y después de la procesión, a la llegada al templo, sin tambores ni algarabía, con lagrimas en los ojos, ese momento tan difícil de explicar sin haberlo vivido, esos abrazos que hacen a cuatro o cinco personas con la misma sangre vistiendo la misma túnica, una sola sustancia. Pocas cosas anudan tanto, acercan tanto... perdonan tanto. Y al

ser tan fuertes esos momentos somos capaces de recordarlos con total nitidez, como si los hubiéramos vivido ayer. Niños de cinco años con el imperdible puesto levantado el cubre rostros para dejar la cara al aire... La cara, las manos, las miradas... Siempre perdurarán los recuerdos que hayamos fijado a fuego en el alma, con la soldadura de las emociones.

Pero también una hermandad es como una familia. Entrás desde muy joven y envejeces con tus compañeros de cofradía a los que, no sin toda la razón, llamas hermanos. Hermanos de por vida.

Aquellos que lleven más de 30 años siguiendo nuestra semana mayor saben también cuánto han cambiado las cosas. Del mismo modo en que nuestro país se transformó en la Transición, también hubo una importantísima transición en los años 80 hasta llegar a este 2014 en el que nos encontramos. Las hermandades se abrieron a la sociedad, al pueblo, para encontrarse finalmente con él y fundirse con la gente de la calle, sin que ya haya nada que pueda separarlos, mediante la conexión que hacen nuestras Cofradías con la Iglesia. Las hermandades eran antes más cerradas, herméticas, con muchas personas mayores y poca juventud. En esos años, se dio ese paso y se abrieron las Cofradías sobre todo con el “boom” de los hermanos costaleros que llenaron de nueva savia a las hermandades, gente joven y deseosa de sacar a fuerza de costal, a sus titulares. Y bien que se

consiguió. Las Cofradías tomaron peso en Córdoba y salieron a la calle orgullosas de su protagonismo en la sociedad. Ahí está Rafael Zafra, creador de la primera cuadrilla de hermanos costaleros en Córdoba luchando entonces contra un muro. De hecho, cuando lo propuso, los que en la época mandaban le dijeron: “Tú estás loco, tú lo que tienes que hacer es sacar más pasos de ruedas”, o cuando puso la primera caseta de feria, que le llamaron del obispado para censurarle que había puesto a la Virgen detrás de una reja. Él me ha confesado que se siente muy orgulloso de haber impulsado la popularización de la Semana Santa de Córdoba, y que incluso las procesiones se adelantaron en el horario de manera que los niños y la gente en general, pudiera disfrutarla. O Manuel Laguna, que se enamoró de la Semana Santa a través de los barrotes de un balcón con cuatro años viendo salir al Señor de la Caridad por el Arco de San Francisco... pero que algunos tal vez recordaréis, por ejemplo, en sus comienzos, recorriendo casa por casa de los vecinos de San Lorenzo, un verano entero, para que se hicieran hermanos... o antes en La Paz montando una especie de discoteca con una peña de chavales, en el cadenín que había encima de La Salle, con su “pick up” y todo, para recaudar fondos y poder ir a Sevilla el jueves, viernes y sábado santo. Entusiastas. Ellos son, entre otros, el referente de ese cambio gracias al cual hoy tenemos la Semana Santa que tenemos. Gracias a Rafael o a Manolo -que fue el artífice de que las bandas fueran detrás y no delante de los pasos, por ejemplo- y a todos los que como vosotros, tuvieron la

fortaleza de cambiar el rumbo para hacer aun más del pueblo la Semana Santa de Córdoba. Mucho tuvo que ver también en ese proceso de cambio, la llegada del obispo Cirarda a Córdoba en el 71, que venía del norte, de Bilbao y Santander, al que por cierto, dicho sea a título ilustrativo, durante el Concilio Vaticano II, importantísimo Concilio, le fue encomendada la tarea de servir de enlace con los periodistas españoles...

Fijaos amigos míos qué cambio tan grande de aquella Semana Santa cordobesa -hierática y hermética, con todos sus pasos a ruedas, con luces a batería, y flores de plástico, con cirios falsos de madera, que había hasta el año 75- a esta otra de nuestro tiempo. Fue toda una transformación de mentalidad la que se hizo en las Cofradías, que sabían que tenían que cambiar y así lo hicieron.

Aquellos costaleros que entraron con 14 ó 16 años: ¡tan jóvenes!, ensayando con toda la ilusión del mundo durante muchos meses antes. Ellos han sido pioneros y cuentan muchas historias de aquellos años. Uno de aquellos capataces, por ejemplo, me hablaba de la enorme ilusión que tenían de salir por primera vez con el costal, pero justo, el primer año les llovió en el camino y se tuvieron que dar la vuelta, y al siguiente año igual. Y al tercero ya por fin, llevaban, menos mal, 2 de experiencia y pudieron sacar su imagen a la calle. -¡Ay la lluvia en Semana Santa que se hace llover con más crueldad aún en

los ojos de los cofrades, qué angustia la de no poder procesionar. Aquellos chicos, son hoy los hombres y mujeres que dan sentido a la Semana Santa del siglo XXI. Este, amigos, es un pregón del siglo XXI. En la época de la transformación tecnológica exponencial que estamos viviendo, al margen de la coyunturas económicas que también afectan a nuestra Semana Santa y mucho, porque como hemos dicho están más conectadas al pueblo que nunca, un grupo de hombres ¡y mujeres, que en Córdoba somos pioneros también en eso!, deciden ponerse debajo de un paso y cargar sobre sus hombros un peso compartido por sabe Dios qué causa cada uno de ellos. Y bien que lo sabe Dios o la Virgen que llevan a cuestras porque ser costalero o costalera es algo muy grande, una cosa inimaginable por ejemplo, para un extranjero que venga a ver lo que aquí pasa cada primavera. ¡Pero si hoy los coches se mueven hasta sin conductor y sin gasolina!! ¿Qué hacen esos locos con las nuca enrojecidas y las caras exhaustas del esfuerzo? Ese misterio, esa grandeza solo se entiende cuando se ve de cerca. Cuando escuchas el rachear de los pasos de los costaleros, cuando oyes el esfuerzo de una cuadrilla en silencio al levantar a pulso el paso de Cristo, de Palio o de Misterio. En la calle todos somos testigos directos del sudor, del sacrificio y del afán impresionantes que se hacen, de las horas que han dedicado a ensayar para moverlo a la perfección. Pero para entender esto de verdad, hay que meterse debajo de un paso... alguien me lo ha descrito con una escena: llegar a las 4 de la mañana a San Basilio después de tocar la banda seis marchas seguidas una tras otra sin parar, y tener que agarrarse a un hombre que no conoces y que él no te conoce a ti, para que no se caiga aquello y acabar siendo

íntimos amigos de por vida... Esto es un algo colectivo, familiar y de hermandad en el sentido literal de la palabra. Llevar a hombros a tu Cristo, a tu Virgen, a veces el mismo que llevó tu hermano, y que sigue llevando, incluso tu mismo padre... Tal vez esta noche, si preguntara a alguno aquí presente por la experiencia más significativa para él de la Semana Santa, respondería que es la de haber recorrido las calles de Córdoba debajo de su Cristo acompañado de su hijo y que gracias a su capataz, en los turnos de descanso, pudieron entrar y salir a la vez, para compartirlo todo dentro y fuera del paso.

Aquí se juntan muchos sentimientos de gran intensidad, a veces dolorosos. Aquellos en los que alguien querido falta. Que ya no está con nosotros, hermano nazareno, penitente, capataz o costalero... que se va para no volver nunca más. Entonces, cuando eso sucede, toda la cofradía sabe lo que va a pasar ese año. Y es que habrá un momento en el recorrido, un lugar determinado en el que el paso, arriado en ese rincón especial, se va a levantar al golpe del martillo tan alto, que va a acompañar, con el alma de todos y cada uno de los hermanos costaleros, a ese ser querido que tanto echamos de menos. Al capataz se le pondrá el gesto serio, se le llenarán tal vez los ojos de lágrimas y con la garganta rota, hará de tripas corazón, cogerá con fuerza el llamador para dar los tres golpes de aviso. En ese momento, el silencio inundará la calle, y hasta el mismo gesto del Cristo cambiará como atento a las palabras que se van a pronunciar, con todo el sentimiento, con toda ternura, con todo el dolor y el amor de que es posible un ser humano, para que suceda esto...

*TRES TOQUES. (Se levanta del patio de butacas Rafael Muñoz, se ilumina con foco solo para él y dice unas palabras como si hiciera una levánta. Al final termina diciendo... ¡A esta es! El pregonero remata con un TOQUE del llamador.*

Gracias querido Rafael Muñoz, capataz de La Paz y la Esperanza y de Jesús Caído... Hijo de Rafael Muñoz, veterano capataz cordobés pionero de las cuadrillas de hermanos costaleros de Córdoba, cofrade ejemplar a quien perdimos hace solo unos meses. Gracias por mandar esa “levánta” figurada pero cuyo sentimiento es tan grande esta noche como el recuerdo de tu padre a quien Jesús de la Humildad y Paciencia y Nuestra Señora de la Paz y Esperanza tengan consigo en la Gloria.

...

Costaleros y ¡costaleras!, que en Córdoba somos pioneros en la incorporación de la mujer a las procesiones como ya dije con la hermandad del Cerro... Hermanas costaleras y hermanas nazarenas desde hace tiempo también.

Qué diferente, por cierto, se ve Córdoba de nazareno. Cuántas cosas se aprecian. Cómo se ve la ciudad, los pasos y las personas, la gente que mira aunque solo ve al nazareno o al penitente... y tú sin embargo los ves de otra manera, los ves en silencio, los ves de verdad, emocionados sin pudor porque no saben que los miras. Qué razón tenía Antonio Machado cuando dijo aquello de “El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo

porque te ve” Y tú bajo el antifaz los ves con lagrimas en los ojos, contentos, extasiados, o enfadados por la bulla y los empujones. Ves a los niños agarrados de las manos de sus padres, ves a la gente de pie o sentada, a los discapacitados, a las familias, a los grupos de chavales que te recuerdan a ti años atrás, a la gente mayor que ya vivió otras semanas santas pero siguen buscando en ésta las explicaciones a las preguntas de la vida... Ves al pueblo que ha salido a la calle, cada uno por una razón diferente, pero ahí están, son como son, cada uno, cada grupo, cada familia con su manera de estar y entender lo que está ocurriendo delante de sí, y aunque todos son diferentes a nadie deja indiferente el paso de la procesión porque esto es algo único en el mundo... Y es nuestro.

La Semana Santa cordobesa está llena de vivencias cofrades. Muchas de ellas ancladas en el pasado como aquellos altares particulares que recordaba Pablo García Baena en su pregón del año 79, que “se montaban en las galerías de los patios, bajo la arcada mudéjar de las enredaderas o bien en las salas bajas con ventanas a la calle, entre cortinas de encaje y tresillos de anea. Se iluminaban en las noches santas y se velaba al Crucificado y a la Dolorosa en sus urnas de flores de talco, como en un velorio familiar que no excluía la torta de almendra y el anís de Rute, mientras en la calle, desde las rejas abiertas, cantaban las saetas. La Cofradía del Vía-Crucis trabajó mucho por el restablecimiento de esta vieja devoción”.

Precisamente, hubo un hermano de la Hermandad del Vía Crucis que también lo era de la Expiración, Rafael, artista, con su

estudio en la Calle Judíos, donde pasaba el Cristo el Lunes Santo. Él siempre montaba sus altares. Aquel año estaba malo, casi al borde de la muerte, pero quería montar su altar. Un día llamó a Rafael Mariscal para verlo. Era en abril, pero el hombre estaba con un brasero debajo, una manta por encima y la cara desfigurada por su enfermedad. Su intención era despedirse ante la



cofradía en la misa de hermanos que iba a acontecer 6 horas después. Aquel Lunes Santo pasó la cofradía pero él no pudo verla. Sabía lo poco que le quedaba de vida. Murió el Martes Santo. Pero estas cosas corren como el agua y, lo que es la vida, rápidamente apareció un saetero de Montemayor que cantó una saeta alusiva al artista que ya no estaba... una saeta que a todos hizo llorar y que incluso al año siguiente, ese mismo saetero repitió con dedicación al hombre bueno que vivía en aquella calle. Emociones de quienes se van, pero no se van solos porque se van acompañados de la memoria de la gente. Y siempre hay alguien que te recuerda o que te canta en un hermoso rincón de Córdoba. Córdoba de los sentidos. De los cinco sentidos: el olor del azahar y del incienso, el sabor de las tapas y los dulces

de cuaresma y el vino en las tabernas entre procesión y procesión, la vista inundada de belleza con las imágenes que pasan ante ti, el tacto de los cirios, cuya cera muchos niños aprovechan para hacer bolas enormes, el de las filigranas barrocas de la canastilla cuando pasa el paso a pocos centímetros de tu cara... El tacto caliente de la mano de tu hijo pequeño que no se suelta en la bulla y que agarras fuerte sabiendo que es efímera... como la fue la de tu padre... Son tantas las sensaciones... La del oído con las músicas de la banda y por supuesto, la que se oirá una y otra vez, en cualquier esquina, en cualquier recodo, en cualquier momento de la carrera oficial o de la vuelta al barrio, en el balcón más escondido. Allí, queridos amigos, aparecerá la voz del saetero y con ella su propia imagen porque antes estaba en recogimiento buscando la inspiración, o la voz doliente de la saetera, esa mujer que es madre en ese momento y que sabe del dolor de otra Madre hacia su hijo. Cuántas veces me acuerdo de María Zamorano Ruiz, María La Talegona, que cantaba con la masa de la sangre. Una vez fui a verla a su casa de la calle Candelaria. Tenía cerca de 80 años. Vivía sola aunque rodeada de 6 gatos y un perro. Me contó muchas cosas, como que un día unos señores la sacaron de limpiadora en el Cine Iris y se la llevaron a cantar fuera de España; que hizo de “Carmen la de Ronda” y de “Celestina” en la obra de Rojas, y que una vez hasta la reina de Holanda le aplaudió con entusiasmo, ella, que llevaba su cordobesía a todas partes y el orgullo de San Lorenzo en la garganta. Cantaba con tanta fuerza que a veces le subía la tensión y hasta sangraba por la nariz. Me decía, “Rafael entonces, si me pasa eso, ya se me quita todo y ya estoy bien para cantar”. Esa tarde, en su casa, acompañada

de aquel perro suyo que no se le separaba, me contó que su abuela fue la que dio nombre a la saga, por las faldisqueras donde guardaba las monedas, que vendía por el Gran Capitán lo que recogía en la huerta y cobraba a las vecinas que alargaban con una cuerda desde los balcones, el dinero de la lechuga o el cogollo. Un día pasaron unos señores con un coche por el huerto y le dijeron a su abuela ... “Señora, ¿qué tenéis ahí, una radio?”, y contesta... “No, es mi niña. ¿Y cómo la podemos ver?... Pues pase usted”. Y le dijeron... “Si usted quiere la llevamos a Madrid y le pagamos lo que haya que pagarle porque tiene una voz maravillosa”. La Talegona no quería marido, me confesó que tuvo cuatro novios o más, pero me decía después... “Lo mejor es no casarse. Yo tuve un novio pero se me murió. Los demás ya no me interesaron. ¡Hoy sí que hay hombres guapos...!”

A quién no se le ha erizado la piel oyéndola frente al “Rescatao” los Domingos y cerca del Esparraguero los Jueves Santos... De repente me saca un papelito con unas letras apuntadas. Y me dice: “Esto lo acabo de escribir para el Cristo de Gracia y lo quiero estrenar este mes de marzo”. Acabó así, entre leyendo y cantando...

Cristo mío de mi alma  
qué cerquita estoy de ti.  
Con mi saeta te pido  
que a la hora de mi muerte  
estés cerquita de mí.

Cuánto la echamos de menos.

¡Suena una voz!, “¡Shhh! ¡Silencio!” Mandan a callar con silbante petición... Es una saeta. Ese dardo al corazón, esas notas afiladas que se abren paso desde la garganta hasta el espíritu, que oímos sobrecogidos con respeto y en silencio, crujiendo los sentidos, masticando la tragedia del duelo. Saeta andaluza y cordobesa, poniendo el contundente y afinado grito en el cielo. Y llevándonos a todos con ella a ese mismo cuarto del dolor que se hace colectivo y nos inunda de sentimiento... y de arte...

*SE VA ILUMINANDO EL PROSCENIO DONDE SE CANTARA LA SAETA POCO A POCO Y EMPIEZA A CANTAR INMA DE LA VEGA...*

Gracias Inma de la Vega, joven, pero premiadísima saetera nuestra, por lanzar al aire con tanta sensibilidad y hondura esta primera saeta, que nos abre el apetito de Semana Santa y nos impele ir a buscarla en ese rincón favorito los quejidos que elevarán al cielo nuestra propia plegaria.

La Semana Santa es música también. Qué bárbaro el ensayo de estas bandas desde muchos meses antes, casi sin descanso y cómo estremece escuchar los sonidos extemporáneos mientras pasan las distintas estaciones del año. Y los oyes, incansables, en explanadas o en locales preparados, ensayando sin cesar. Salen de sus trabajos, a veces ni siquiera tienen tiempo para novias, novios

o familia porque después de la jornada laboral, quedan juntos y se reúnen para preparar el repertorio. No es nada baladí. Una procesión lucirá siempre mucho más al compás de una marcha bien ejecutada y con sensibilidad: los tambores atronadores, que claman al cielo, los agudos cornetines que lloran con la Virgen o con el Cristo su dolor, los instrumentos de viento que rompen el silencio de tal modo que saben cómo hacerte vibrar. Las bandas de música son las embajadoras musicales de las procesiones, que también han ido transformándose con el tiempo. En Córdoba, incluso alguna de ellas fue sancionada por alejarse de lo establecido y tocar algo tan cordobés como “El Vito” por las calles de nuestra ciudad. Hubo una época, no muy lejana, en la que había que presentar un cassette con las piezas que se iban a interpretar para que te las aprobaran, que se lo digan a El Huerto, por ejemplo, que sancionaban casi todos los años.

Amigos, quiero resaltar el esfuerzo enorme en mi pregón, de esas cofradías de barrio que vienen de lejos, rozados los cuellos y el alma de tanto esfuerzo y tantas emociones que traen del Cerro, del Campo de la Verdad o Las Palmeras... por ejemplo. Muchos recordarán, por cierto, el año que salió por primera vez la hermandad de Las Palmeras. Y más aún cómo se la recibió cuando hizo su entrada en Las Tendillas, que se levantó todo el mundo en medio de un inmenso aplauso. Y creo que es de cumplimiento obligado también destacar en un pregón que llama a la calle a quienes lo están oyendo, que la misma calle se duele hoy y muchos agradecen a gran parte de nuestras hermandades cordobesas, su labor callada durante todo el año de ayuda a los que lo necesitan, de dedicación

en tiempo y esfuerzo para los demás, y que sólo unos pocos lo saben, más aún, como digo, en estos días de las grandes dificultades que todos conocemos.

Pero esto sale cada año por vocación y por voluntad. Es el espectáculo total: el esfuerzo, la habilidad, el arte en la imaginería y en la música que ejecutan las bandas que acompañan a las hermandades en sus estaciones de penitencia.

Del mismo modo esa ensoñación que tengo esta noche y que me hace tan feliz, no me deja seguir sin evocar esos rincones inigualables, que son muchos pero que son seguros, por ejemplo, en la Cuesta del Bailío en la que mi memoria se recrea tantas veces, o en San Lorenzo, donde recuerdo que contaba mi padre aquella costumbre antigua, de ver recogerse al Cristo de Gracia, adonde acudían saeteros, castizos cordobeses y vecinos para cantar y honrar en su pasión al “El Esparraguero”, el señor humilde que acepta el fruto de la tierra de la gente que lo venera. (Os contaré algunas anécdotas de El Esparraguero: cuando salía a ruedas, antes de esa revolución de los hermanos costaleros, en la cofradía del Cristo de Gracia se peleaban por salir a empujar el paso y se jugaban al dominó en el Bar Ogallas, el sitio para poder salir esa noche; otro año se quedó en la calle por una divergencia con ellos y hubo que pagar una arroba de vino y traerse a gente del campo para poder meter el paso. Ya después, el primer año que salió El Cristo de Gracia con costaleros, en la última trabajadera iba un hermano al que llamaban “Manolín”. Cuando acabó la estación de penitencia, ese chico

rompió a llorar y gritó mirando la imagen: “Señor ya he hecho todo en la vida, llámame cuando quieras”. Son escenas inolvidables, como la de pararte a escuchar al Pele cantando una saeta a la Hermandad de Ánimas, en la desembocadura del Arroyo de San Lorenzo con la misma Plaza y la Cofradía en silencio rezando el rosario.

En fin amigos, que la Semana Santa llama a nuestras puertas. Ya mismo está aquí La Borriquita con todo su anuncio callejero de cofradías y procesiones. Os contaré otra anécdota de La Borriquita. En los años 70, la Hermandad estaba en los Salesianos. En esos años llega la noticia a San Lorenzo, a Ánimas, de que los sacerdotes no la querían allí. La Trinidad estaba interesada en ella porque tenía colegio. Estaba de Párroco en San Lorenzo Don Valeriano Orden Palomino y Ánimas se planteó la idea de que no se fuera del barrio y se quedara en San Lorenzo, pero claro, la economía no era muy boyante y había que pensárselo, pero decidieron continuar. Hablaron con los Salesianos y efectivamente fueron a por ella una noche. Les entregaron la Borriquita, la peana de la Borriquita y 60 equipaciones de hebreos. Cuando llegó a San Lorenzo, el párroco dice que el Cristo muy bien, pero que una Borriquita... no podía estar en una iglesia. Pero claro, estaba clavada allí, era una sola pieza. Anduvieron toda la noche dándole vueltas a la iglesia para colorarla donde no estuviera digamos... muy visible y a las 3 horas dieron con que entrando en San Lorenzo a mano izquierda, pegando a la torre, allí quedaría bien. Salió con Ánimas, estaba en una cofradía y se quedó en el barrio efectivamente...

Cuántas historias, cuántas anécdotas, cuánta agitación, cuánta emoción, cuánto sentimiento, cuánta oración... No caben todos los que he vivido y me han contado en esta hora que ya acaba, porque ya para terminar quiero deciros algo queridos amigos. Como habréis comprobado esta noche, mi humilde pregón, que no quiere ni debe extenderse para que cumpla la función de enaltecer y no de extenuar a la concurrencia, ha pretendido como os dije al principio, llamar a vuestros corazones y lanzar a los cuatro vientos que ya llegó la Semana Santa. Dejadme que os diga que en estas palabras que os he dedicado he puesto el alma entera, toda mi ilusión y mi cariño por el lugar donde me encuentro y por vosotros, amabilísimos espectadores, que me habéis atendido con tanto respeto. Muchísimas gracias por ello. Tal vez una manera de daros las gracias sea esta última que he dejado para el final. Es parte de mi corazón. De mi propia vida. Es una oración que se convierte en arte y belleza. Una oración que llora, como lo hace el “Ave Maria” de Caccini, hermosa pieza que tocarán miembros de la Agrupación Musical Santísimo Cristo de Gracia y que alguien que forma parte de mi propia vida como os he dicho, ejecutará con el baile. Ella es Pilar Astola, mi mujer, que ha querido rezar con vosotros de la manera en que ella rezará ahora, con sus brazos, sus manos y sus pies... a la señora de Córdoba.

*ACTUACIÓN DE PILAR ASTOLA. CUANDO ACABA SE VA YENDO DESPACIO Y SE MANTIENE TOCANDO UN TAMBOR SORDO. También sigue en pantalla o en escena la imagen de la Virgen de los Dolores.*

Gracias Pilar Astola, con ese mantón que fue manto de oración. Así se reza en Andalucía donde se mece, se canta y hasta se baila el dolor en la calle. Ese es nuestro modo de ser. Recogido, hacia adentro, pero bello y estético. Como el ser cordobés, serio y profundo. Como estos versos de Pablo García Baena que saco del Arca de Lágrimas de la Señora de Córdoba, para abrochar finalmente este pregón de mi alma.

### **“Arca de Lagrimas”**

¿Quién sois, Señora, que dejáis vuestra  
casa sobre la cuesta?,  
vuestro camarín de buganvillas y luces  
y vais llorosa en noche de tambores  
-otra vez los tambores, ahora en gloria fúnebre-,  
Señora enlutada que camináis hacia los patíbulos?

El Madero se yergue sobre el monte  
y pende a punto de caer el fruto bendito,  
acorred, Señora de los ajusticiados.

El condenado grita en la noche: Padre.  
No es a vos, humanísima, no divina,  
amarga sólo y sólo en la amargura  
entreabrís vuestros labios.

Y está la noche erizada de tambores,  
cientos de años bajando en soledad  
por el monte de la calavera,  
vuestro manto empapado en el lodo y la sangre,  
por siempre jamás, Madre del supliciado,  
la voz encomendándole: Mujer, ahí está tu hijo,  
el reo, el acusado, el hombre.

Otra vez los tambores anuncian la ejecución  
junto a la tapia blanca,  
Señora que acudís sola en vuestro sollozo,  
las lagrimas lloviendo silenciosas.  
Llagas de la tortura en las celdas,  
fiebre de heridas en las sábanas coaguladas de los hospitales,  
blanca hipnosis de luna sobre el crimen.  
Rascan los tambores con el vuelo de las rapaces amarillas,  
la quieta brasa de sus ojos brillando  
sobre las osamentas de la guerra y el hambre,  
y el vacilante abandono de la razón  
cuando el dedo de infamia señala las tinieblas exteriores.

Sin duda estáis cansada en vuestro acuitamiento,  
Señora que presides la noche de la necesidad,  
escalera, lienzos, sepultura.  
Vuestro pueblo os llama y a la vez -no callan los tambores-  
brillan en vuestro corazón los cuchillos del abandono,  
y florecen en vuestras manos los juncos marinos

de las espinas.

El férreo lirio sangriento de los clavos.

Señora que camináis al atardecer,  
tras el cadáver rígido sobre el frío de la losa,  
sobre la terca ceguera de los hombres  
marcados como el rebaño con la señal del matadero,

Señora que volvéis los ojos  
en la fatiga de la compasión  
-velan aun, confusos los tambores-,  
ayúdanos, Altísima.

Buenas noches  
Y muchas gracias

**Rafael Cremades Morales**

***Marzo 2014***





